

EL CANTO DEL RÍO



Mesías Antonio Guevara Amasifuén

Noviembre 2009

Presentación

El tiempo pasa con marcha lenta pero constante, no se detiene. En ella va la vida, con sus recuerdos, sus sueños, sus penas, alegrías e ideales. Nadie se escapa a ese formato, yo no soy la excepción. He tenido la oportunidad de viajar por el mundo y por los pueblos del Perú, en plan de trabajo, de estudio o de paseo, y jamás he olvidado mi procedencia.

Como he de olvidar mis raíces, si tengo el orgullo de tener sangre cutervina y chotana, hombres y mujeres de raza, trabajadores y guerreros que hace más de cien años llegaron a Jaén, en busca de un mejor porvenir. Como he de olvidar a Colasay, Juan Díaz y Jaén, si bajo su cielo azul, el hermoso amanecer recibí y en ellos crecí. Si he tenido el privilegio de crecer en contacto con la naturaleza y ser testigo de la nobleza de su gente. Si en mi infancia he tenido el alto honor de tener amigos, con quienes, no existían las diferencias sociales, tampoco importaba la vestimenta, solo los momentos felices y agradables.

El fragor de la vida te enseña a trajinar y a enfrentar el infortunio, a sortear los obstáculos, a disfrutar el dulce sabor de la victoria y controlar el sabor amargo de la derrota. Te forma el carácter, creces con firmeza bajo los nobles ideales de la justicia.

Es hermoso caminar por parajes llenos de verdor, ver el agua cuesta abajo discurrir. Con fuerza discurre generando un murmullo, que al escucharlo mi alma me dice, es el canto del río.

Mesias

El vigoroso Jaén

“Jaén es una de las trece provincias de Cajamarca. Fundado por Diego Palomino en 1549. En 1807 la ciudad de **Jaén de Bracamoros** fue trasladada a su actual emplazamiento, a orillas del **Río Amojú**.

En la gesta emancipadora, la gobernación de Jaén respaldó la independencia de Trujillo y proclamó su propia independencia de España y de la Real Audiencia de Quito, bajo el principio jurídico de Libre Determinación de los Pueblos, el **4 de junio** de 1821, mérito que lo convierte en cuna de la peruanidad (Corazón del Perú). En 1822 tuvo representación en el Congreso de la República. La Provincia fue creada el **19 de mayo** de **1828**. En sus inicios formó parte del departamento de Trujillo, luego de La Libertad hasta 1855. año en que fue creado el Departamento de Cajamarca”.

Su población mayoritariamente está conformada por pobladores provenientes de Cutervo, Chota, Lambayeque, Piura, entre otros. Siempre se ha caracterizado por ser un pueblo pujante y muy trabajador. Gracias a ese empuje se ha convertido en una de las principales ciudades del nor oriente.

El viejo Colasay

“Es el pueblo más rico en ecología y asentamientos arqueológicos en arte rupestre de la zona, es un pueblo muy antiguo que se encuentra protegido por cuatro poderosos cerros el Conjuero, el Silaca, el Walter y el Congona, todos llenos de mitología, magia y encanto.

En las partes más altas se encuentran el famoso paso de Agua Fría, rica en virtudes medicinales, Agua Sabrosa y Agua Blanca de origen volcánico, las diversas cavernas y el impresionante banco de fósiles de Waira Pongo, la milagrosa agua del Chorro del Obispo, la riqueza agropecuaria expresada en las chirimoyas colasaínas, musas de inspiración de los trovadores.

Colasay ha adquirido un prestigio nacional por la abundancia del Arte Rupestre grabado en los asentamientos de Guayacán, Rumipampa, la Huaca, Huanchama, la Misa y Bomboca, arte que va desde el período pre agrícola hasta el formativo. En la parte folklórica son famosos los carnavales, la fiesta del Pelacoché, Botaluto y la inmensa religiosidad con una inmensa mitología”.

A manera de biografía

Colasay, es un acogedor distrito de la provincia de Jaén y del departamento de Cajamarca, se levanta bajo el majestuoso Silaca. Hasta allí, mi abuelo materno, don Alejandro Amasifuen Pezo, fue trasladado para que en su calidad de policía de la guardia civil, brinde sus servicios profesionales. Junto a mi abuelo estaban sus hijos y entre ellos María Libertad Amasifuen López, mi madre.

En Colasay vivía mi abuelo paterno, don Mesías Guevara Olano, junto a él estaban sus hijos que había tenido con doña Francisca Soto Millán. Por esos días, proveniente de Argentina había llegado su hijo David Guevara Soto, mi padre. Él, se había recibido de ingeniero agrónomo. Los padres de mi abuelo Mesías, eran don Domingo Guevara y doña Bernardina Olano. Los padres de mi abuela Francisca, eran don Francisco Soto y doña Jesús Millán. Ambas familias habían llegado a Colasay procedentes de Cutervo y Chota.

Es en esa circunstancia, en la que David y María se conocieron, enamoraron y contrajeron matrimonio. Mi madre era profesora de primaria, ella había sido asignada al caserío Chunchuca. Para llegar allí se necesita cruzar la montaña y el río, eso se hace con una larga caminata, que prácticamente dura todo un día, durante el trayecto, el sol es un fiel acompañante, aunque a veces la juguetona lluvia nos sorprende con un chapuzón, que sin avisar cae sobre los viajeros.

Mi madre salió embarazada, junto a mi padre esperaba a su primogénito. Por dificultades de salud y falta de infraestructura en la posta, decidieron que mi madre diera a luz en la provincia Chiclayo. Para la cual mi padre gestionó una licencia en la supervisión de Jaén, quienes le dieron por 40 días. Fue así, como nací en Eten, luego antes que finalice la licencia me llevaron a Colasay, donde crecí junto a mis padres, hermanos, tíos y primos. Al año mi madre decidió que debería dejar de tomar leche materna, era el tiempo de desmamentar. Esa tarea con dedicación y amor, lo hizo Francisca Soto Oliva, prima hermana de mi padre. Cada vez que voy a Colasay, lo primero que hago es visitar a Panchita, con quien cariñosamente nos damos un tierno y fraternal abrazo.

En la Escuela Adventista de Jaén, estudié la primaria, mi formación fue bajo los preceptos y enseñanzas del cristianismo. En las vacaciones con mi familia nos íbamos a "La Cidra" el fundo de mi padre, allí habían guabos, naranjos, limones, piñas, guayabos, entre otros. En Jaén mi progenitor era profesor en el Colegio Agropecuario, por eso allí pasé mucho tiempo de mi infancia.

Cuando terminé de estudiar la primaria, mis padres decidieron llevarnos a Chiclayo para estudiar la secundaria, estos estudios los realicé en el Politécnico Labarthe y el Colegio Militar Elías Aguirre. Cuando llegaban mis vacaciones

escolares, me iba a Jaén donde acompañaba y apoyaba a mi padre, en sus negocios y en su trabajo como ingeniero agrónomo. Recuerdo que una vez, caminamos desde el puente blanco hasta Tabacal, caserío ubicado muy cerca de Chontalí. En ese entonces mi padre y las comunidades del margen izquierdo del río Chunchuca estaban construyendo la carretera que uniría a muchos caseríos, como Juan Díaz, Chunchuca, Platanurco, Samanga, San Francisco, Tabacal, Cruz Pampa, Huayos y Chontalí. Esta obra fue hecha con los recursos propios de los vecinos y no del gobierno.

Estudí ingeniería electrónica en la universidad Ricardo Palma, hice una segunda especialización en proyectos de inversión en la Universidad Nacional de Ingeniería, me gradué como Magíster en Administración de negocios en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. En el Programa Internacional de la Universidad de Sevilla, realicé estudios de Doctorado en Administración.

He realizado actividades profesionales en diversas instituciones, como el Instituto Nacional de investigación y Capacitación en Telecomunicaciones, Infodata, Lucent Technologies del Perú, AMPER, Eci Telecom Ibérica, Worldatacom, Planex SAC. Dicha actividad la alterno con la docencia universitaria que realizo en universidades como UNFV, UNMSM, UPeU.

Por razones de trabajo y de capacitación en telecomunicaciones y en gestión empresarial he visitado España, Chile, Ecuador, Argentina, Brasil, Colombia, y diversos estados de USA. Esta experiencia me ha dado la oportunidad de conocer otras realidades y de adquirir nuevos conocimientos, los mismos que vengo aplicando permanentemente en las actividades que me toca realizar.

Estoy casado con Blanca Marina Ruiz Meza, con quien tengo tres pequeñas hijas, Brenda, Camila y Silvana. Soy muy hogareño, me preocupo por el bienestar de mi familia. También me preocupo por el desarrollo de mi país por lo cual participo activamente en política, dando conferencias, escribiendo artículos, escribiendo libros y haciendo programas radiales. Trabajo muy duro como consultor y profesor universitario. Estoy en permanente contacto con Jaén donde vive mi padre y algunos de mis hermanos.

Me fascina estar en contacto con la naturaleza, cuando estoy en Lima, me escapo a Cieneguilla y cuando estoy en Jaén, me voy a Shumba donde tenemos un pequeño fundo.

Soy un convencido, que nuestro país saldrá adelante, solo si trabajamos con tesón, responsabilidad y honestidad. Y que nuestro desafío está en cultivar hombres y mujeres de bien.

El canto del río

Mis primeros pasos los di en Colasay, allí crecí corriendo por sus hermosos parajes, respirando aire puro, tomando leche fresca, comiendo fruta sana, aun recuerdo las hermosas flores como la cuna del niño, verbenas y rosas, que había en su parque ,donde también se lucía su glorieta de madera, además del cabildo y de la iglesia. En los huertos había chirimoyas grandes y dulces, granadillas jugosas, mísperos, guayabas, naranjas, limas, guabas y limas reales.

Igual fue en Jaén donde mi padre y mi madre eran profesores de secundaria y primaria respectivamente, allí estudié la primaria, los días eran alegres. Cada día al ir de mi casa a la escuelita adventista, pasaba por huertos, chacras de cacao hoy convertidas en calles transitadas por moto taxistas, autos y camiones. En esa oportunidad, era agradable caminar por el pequeño bosque, escuchar el trinar de las aves, ver los verdes piñones, las nonas, ver una que otra comadreja, un escurridizo mono cacahuero, o un camaleón que cambiaba de color, buscando mimetizarse con el verdor de los arboles. Se caminaba con cuidado para no ser tocados por la ponzoñosa ortiga.

Los fines de semana, con mis amigos de barrio nos íbamos a la quebrada que cruza la ciudad a darnos un baño, en Jaén el calor es intenso por lo que este resultaba muy refrescante. Al llegar las vacaciones, con mi familia entera nos íbamos a la finca de mi padre llamada "la Cidra", junto a la choza, pasa el río Chunchuca. Con mis primos, hermanos y amigos, nos íbamos al río a pescar y como siempre a darnos un chapuzón. A veces, clandestinamente nos subíamos a los caballos, mis tíos no querían que lo hiciéramos, porque decían que los cansábamos.

Conforme crecía, mi apego al río era grande, muchas veces junto a mi padre otras veces con mis tíos y primos, desde el viejo puente blanco ubicado en la antigua carretera de penetración Olmos Corral Quemado, nos internábamos rumbo a Juan Díaz, un caserío muy acogedor. Cuando la carretera lo permitía nos íbamos en camioneta o sino simplemente caminábamos, aproximadamente por espacio de cuatro horas, que lo hacíamos bajo el intenso sol, a veces llovía por lo que buscábamos protegernos bajo las copas de los arboles. Al lado del camino discurría el río Chunchuca, hermoso, limpio y emitiendo un sonido, que para mí

era musical. Es el canto del río, a mí mismo me decía, esta alegre, da vida a las tierras, al hombre y en sus propias entrañas.

He tenido la oportunidad de ir río arriba muy cerca al Corcovado, ubicado en el distrito de Chontalí, la gran montaña donde nace el río con inocencia, límpida y pequeña, para luego ir creciendo por acción de sus afluentes., diversos riachuelos que lo van alimentando hasta convertirlo en hermoso y apacible en verano, pero torrencioso y bullanguero en invierno.

En mi infancia no conocí el televisor, es que en Jaén no había ningún canal de televisión, el fluido eléctrico no era constante, este durante el día no había y solo a veces por la noche se iluminaba las calles, era normal estudiar con velas. En aquella época la lámpara Petromax sobresalía sobre los mecheros, candiles y velas.

Mi diversión así como la de mis amigos, era armar nuestros propios coches con viejos rodajes, era construir nuestras cometas, confieso que era mágico verlos por los aires volar. Con dedicación se le quitaba la punta del clavo del trompo y lo pintábamos con colores vivaces. Cuanta emoción derrochábamos en los partidos de futbol, los cuales eran jugados con garra y tesón. Las vistosas canicas de cristal muchas veces eran reemplazadas por los choloques.

Es hermoso estar en contacto con la naturaleza, sentir la lluvia caer sobre nuestras mejillas. Escuchar los truenos y ver los relámpagos. Escuchar cantar a las chicharras al momento del calor infernal. Ver a los sapos en las ciénagas. Ver en la noche oscura destellar a la majestuosa luciérnaga. Observar a las pequeñas golondrinas volar de forma aleatoria a ras de tierra. Ver germinar una pequeña semilla. Reconocer los arboles, diferenciar un naranjo de un limón, un mango de un palto, un ciruelo de un café. Ver al pájaro carpintero cual hábil arquitecto construir su nido. Ver el aleteo, impresionantemente veloz del pequeño colibrí. Todo esto, es la expresión de vida que nos da nuestra madre tierra.

El río Chunchuca sigue cantando, aunque en ella ahora hay cierto lamento, los pequeños caseríos han crecido, muchos ahora tienen agua potable y desagüe, como ocurre en otras partes los desperdicios son arrojados al río. Con pesar vemos que no existe la voluntad de protegerlo o disminuyendo su acción utilizando las lagunas de oxidación.

Mas aún, hoy vemos que el hombre se ha empeñado en dinamizar la economía, sin importarle las consecuencias que ellas acarrearán, para lo cual se apoya en la avaricia, la codicia y la injusticia. Sin importarle que se rompa el equilibrio entre el desarrollo y la naturaleza y que la tierra este sufriendo por las grandes laceraciones que le está haciendo la actividad minera formal e informal.

Sus ríos están siendo asesinados, en sus aguas muchas veces ya no hay vida. Materiales como los plásticos y residuos nucleares pasaran años para que puedan ser degradados. Las ciudades están llenas de polución y del mundanal ruido, que

elevan el nivel de estrés de los ciudadanos. La palabra calentamiento global se ha convertido en un modismo.

Con tristeza vemos que el hombre se ha convertido en el peor depredador, actúa olvidándose que es parte de la naturaleza. Ha olvidado que nuestros bosques, que nuestra biodiversidad, que nuestros recursos minerales constituyen nuestro capital y sin embargo lo ven como renta.

Nuestra madre tierra ya no es joven, ya es cuarentona, la resaca ya no lo soporta como en su época juvenil, ahora esta más sosegada, esta calmada, esperando que sus hijos la respeten y la cuiden. Es que estamos entrando en la recta final, pronto empezaran los achaques, después simplemente vendrá la muerte, con grandes inundaciones, con sequías, plagas y pandemias.

El hombre en su carrera y lucha irracional, ha olvidado que tiene tres vínculos que respetar, el vínculo entre su yo exterior con su yo interior, su vínculo con la tierra y su vínculo con el cosmos. Estos vínculos lastimosamente los ha roto, los ha perdido, los ha cortado.

Los antiguos peruanos en su cosmovisión tenían como parte de su vida el respeto a la naturaleza, el respeto a la madre tierra, le rendían culto, le hablaban, le cantaban, le agradecían. El peruano de hoy con su indiferencia simplemente lo ignora, no lo valora, está más preocupado por su competitividad, por su progreso, por su riqueza y muchas veces solo en sobrevivir.

Lo que hoy está sucediendo es más que preocupante, la tierra está envejeciendo, los ríos están muriendo, los bosques desapareciendo, diversas especies de la fauna se están extinguiendo y con las hermosas flores está sucediendo lo mismo. Si a esto le llamamos progreso, no concuerdo con ello, porque lo que está ocurriendo es un crimen, con alevosía estamos asesinando a nuestra madre tierra.

En estas líneas evoco mi infancia porque me recuerda que debo defender y cuidar el aire, el agua y la tierra, fuente de vida y que constituye la gran herencia que debemos dejar a nuestros hijos y a las generaciones venideras. En estos momentos, cierro los ojos y escucho el canto del río, luego suspiro y suplico: Perdonamos madre tierra porque si sabemos lo que hacemos

Jesho no paga

Las Pirias, al igual que los demás distritos de Jaén, es muy acogedor y esta conformada por gente muy honesta y trabajadora. Su principal actividad es la siembra y cosecha del café, esta tarea requiere la contrata de peones para realizar las faenas diarias. Entre esos peones estaba Jesús Llatas, al que conocíamos como “Jesho no paga”. Jesho no estaba en sus cabales mentales, era un niño grande.

Le pusieron “Jesho no paga”, porque cuando viajaba de Jaén a las Pirias no pagaba su pasaje. Los que trabajaron junto a él dicen que era un buen trabajador, a pesar de sus limitaciones mentales y de su apego al aguardiente. Su estatura era baja, la tez trigueña y el cabello ondulado, era dueño, de una mirada lejana triste y melancólica, era cutervino de nacimiento. Su pantalón remendado era sostenido por un pedazo de sogá amarillenta y siempre andaba descalzo.

Cuando Jesho se quedaba en Jaén, era presa de la inclemencia de las palomillas infantiles, confieso que entre ellos, me encontraba yo. A Jesús no le gustaba que le hagamos recordar su costumbre por no pagar sus pasajes. En la casa de la familia Montenegro, ubicada frente al parque progreso hoy Miguel Grau, había un espacio a manera de cochera, allí él dormía.

La “mancha” del barrio nos juntábamos e íbamos en busca de Jesús Llatas, empezábamos a gritarle “Jesho no paga”, al escuchar este coro irrespetuoso que producía la pandilla infantil, se levantaba de su lecho, empuñaba un palo en su mano izquierda y en la otra, cogía una piedra que con ira lanzaba a nuestra humanidad.

Nuestra osadía era tal que lo esperábamos muy cerca, nos poníamos en su línea de mira, él lanzaba las piedras y nosotros con un ágil movimiento las esquivábamos. La persecución era por las calles de Jaén, era una maratón, un juego peligroso que se repetía periódicamente. Mientras lanzaba las piedras emitía un grito de guerra en la que con furia decía: “La cholada”. Los techos de calamina daban cuenta de las piedras, cuando estos caían sobre ellos, otras veces eran los vidrios de las ventanas y las puertas de madera.

Había momentos de tregua, a veces nos cruzábamos por las calles, intercambiamos miradas, ambos entendíamos, que el momento no era propicio

para una maratónica persecución, tampoco de romper la paz y la quietud de un día soleado. Mientras tanto, en las radios se escuchaba las voces de Palito Ortega y Marisol, entonar “tengo el corazón contento, lleno de alegría, quiero que sepas que mi vida comienza , desde que te conocí...”, era el musical del momento.

Lo anecdótico, es que al final, mis amigos de barrio, por tener mi cabello ondulado me pusieron el mote de “Jesho”. Jesús Llatas, ya no está en esta vida y nosotros ya nos somos los niños traviesos, pero cada vez que nos encontramos, nos ponemos a recordar, cuando formábamos el pelotón con nuestras pequeñas humanidades y que temerariamente corríamos delante de Jesho, sorteando las piedras que él nos tiraba. Hoy, ya no sorteamos las piedras lanzadas por “Jesho no paga”, hoy enfrentamos y sorteamos los avatares de la vida.

La gran actuación

Juan Díaz, es un hermoso caserío de Colasay, está cerca al río Chunchuca, y rodeado de fincas de café, naranjos, guabos, zapotes, pastizales y hermosos bosques. Se llega hacia el pueblo, cruzando un puente que está instalado sobre el río, inicialmente era artesanal, había sido hecho con troncos de la zona, ahora es de fierro y cemento.

En el camino nos encontramos con una piedra grande, desde allí podemos divisar las montañas, y el paisaje que invita a descansar con la tentación de quedarnos dormidos. La fresca brisa acaricia nuestras mejillas, el calor del sol te abraza con dulzura, la calma nos relaja, haciéndonos cerrar los ojos, abstrayéndonos del mundo real y viajar por un mundo de ensueño, los sentidos se concentran en el oído.

Es entonces cuando escuchamos al viento soplar, haciendo que las hojas verdes se muevan por doquier, son como aplausos que dan inicio a una gran función. El caudal del río también produce una agradable melodía, las aguas discurren cuesta abajo. Canta un gorrión, aletea una mariposa, zumba una avispa, el saltamontes ágilmente se eleva dando saltos. De manera organizada cruza una caravana de hormigas arrieras, en su lomo transportan pequeñas partes de una hoja. A lo lejos pasa una bandada de loros lanzando fuertes sonidos, todas graznan a la vez. Husmea el zorro astuto, raudamente una perdiz corre casi en el aire.

Un camaleón se desliza lentamente, vibra un colibrí en intenso aleteo vibratorio. El temible Macanche se mueve con sigilo, por el matorral. La escena de amor, lo pone una venada que junto a su cría, caminan con cautela en busca de alimento. Una abeja vuela detrás del néctar de las flores. Un ciempiés se pasea armoniosamente. Las termitas o el “comején” están en plena faena, su nido se ha convertido en la cabellera negra de un pequeño tronco. Una flor nace con frescura, un naranjo cae de maduro.

El campesino tala un árbol, corta leña y cultiva su chacra. A lo lejos, se divisa el humo que de una choza se levanta, es en señal que una campesina está preparando el alimento para su familia. Una turca, ave de cuello blanco se alimenta en la colpa. El choclan construye su nido, colgado de los árboles, lo particular es que el ingreso es por la parte inferior. Se escucha un silbido largo y profundo es un ave, cantando en señal de vida alegre.

El viento sopla, el sol calienta, caen pequeñas gotas avisando la llegada de una lluvia. En las hojas queda el rocío, la cual nos moja cuando las tocamos. Tímidamente la tierra se empapa, emanando un olor a tierra mojada. Las hojas verdes brillan por las gotas cristalinas. Los arboles se menean de un lado a otro.

Aquí, no hay lugar para preocuparse por la hora, por marcar tarjeta, por cerrar un negocio, por la bolsa de valores, por la inflación, por la crisis financiera internacional, por la carrera armamentista, por el rating. Todo es natural, nada es artificial. La soledad es hermosa, bella, misteriosa y profunda, nos permite escuchar el latir de nuestros corazones, así como sentir a nuestro torrente sanguíneo circular. Los pies desnudos pueden sentir el calor maternal de la tierra. Hay vida, hay una gran actuación.

Entre el follaje, se escucha una voz misteriosa, que al oído nos dice : ¡¡Mira el espectáculo, aplaude y vibra con entusiasmo, pero no te olvides, que eres parte de esta gran actuación, jamás olvides que eres parte de la naturaleza!!.

La peña blanca

Cada fin de semana era costumbre ir de Jaén a Colasay, para visitar a mi abuelo, Don Mesías Guevara Olano. Él era un ciudadano ejemplar y muy querido por todos sus vecinos, siempre andaba preocupado por el quehacer comunal, era muy hábil con la concertina la cual utilizaba para acompañar y entonar hermosas melodías. En la década de los sesenta fue elegido alcalde, era el inicio de la elección de esta autoridad municipal a través del voto directo secreto y universal, se había dejado de lado la nominación entre “vecinos notables”.

Su espíritu era inquieto, siempre estaba preocupado en hacer y construir cosas. Una vez, aprovechando su experiencia en la construcción de molinos, cuyas ruedas de madera eran movidas por la acción del agua, intentó generar luz eléctrica, utilizando un alternador, que era accionada por la fuerza del agua, al llegar el día de ponerla en marcha, logró generar energía por pocos instantes ya que el río creció y se llevó la turbina de madera.

Era constructor, panadero, agricultor, comerciante, pero sobre todo un hombre de bien. En la plaza de armas tenía un pequeño quiosco de madera, donde atendía a sus vecinos, era el punto de encuentro, allí se mantenían largas y amigables tertulias, en ellas siempre estaba presente la inquieta idea de hacer alguna obra. Como la de crear el colegio secundario, hoy llamado Tahuantinsuyo.

Para ir a Colasay, en el caserío Playa Azul (ubicado en la carretera Olmos Corral Quemado) nos desviamos y emprendemos un camino ascendente, la marcha es lenta porque el camino es escabroso y angosto, en nuestro ascenso encontramos el sitio denominado "peña blanca". En este sitio, el camino es angosto solo puede pasar un vehículo. Aquí los ingenieros le ganaron espacio a la montaña rocosa, al otro lado hay abismo con una pronunciada y amenazadora profundidad.

En uno de nuestros viajes de fin de semana, nos topamos con una persistente llovizna, viajábamos en un camioncito que llevaba frutas de la costa como uvas. Por la pendiente y la llovizna, el ascenso era lento. Al llegar a la Peña Blanca nos detuvimos, no se podía pasar, una gran piedra había caído en la plataforma de la carretera.

Con mucha curiosidad bajamos a ver lo que estaba sucediendo, para mi alegría y sorpresa, vi a mi abuelo al frente de una cuadrilla que trabajaba con ahínco, su objetivo era quitar la roca del camino. Mi abuelo, al vernos se nos acercó para explicarnos, que con el objetivo de liberar el camino de la piedra, estaban haciendo "minga". La estrategia era caldear la piedra, la operación consistía, en hacer huecos debajo de la piedra, para ello utilizaban picos, palas y barretas.

Luego en los huecos, pondrían maderas, las mismas que serían encendidas con la finalidad de calentar la piedra hasta ponerla al rojo vivo, y cuando alcanzaba alta temperatura se le echaba agua fría. Al entrar en contacto el agua con la piedra, esta se rompía en varios pedazos, los cuales serían lanzados al precipicio. Esta técnica un poco precaria, resultaba efectiva, frente a la inexistencia de maquinarias pesadas.

¿En qué consiste la minga (minka)?, es una tradición de los antiguos peruanos que consistía en reunir a los pobladores para hacer una faena comunal. En este caso se reunieron para retirar la piedra del camino. El trabajo comunitario definitivamente es un gran aporte del Perú antiguo, que hoy nos permitiría afrontar con éxito los actuales problemas.

Rumbo a Bellavista

A mi madre la trasladaron de Loma Santa a Bellavista Viejo, donde había una escuelita primaria. Bellavista está ubicada muy cerca de Jaén, allí hay un hospital donde nació mi hermano José Ernesto. Mi padre estableció una rutina, nos movilizábamos en su pequeña camioneta marca Isuzu. Los lunes bien temprano salíamos rumbo a Bellavista, para dejar a mi madre en su trabajo y luego al atardecer del día viernes nos íbamos a recogerla, lo cual me daba mucha alegría pues significaba que el fin de semana lo pasaríamos juntos.

En la travesía yo me iba en la tolva de la camioneta, bien sujetado para no caerme, sentía el viento golpear en mis mejillas. En Bellavista además de los arrozales, hay muchas ciruelas, mangos y cocos, los cuales son muy agradables a

nuestro paladar. Cerca de sus valles, imponente discurre el Marañón, haciéndolo exuberante y atractivo, pero a la vez peligroso por su torrente caudaloso. La familia siempre debe estar unida, enseñanza que permanentemente guardo en lo más profundo de mi ser.

Caminos profundos

Como gigantes inertes se levantan los cerros, en sus faldas, podemos divisar caseríos, distritos y algunas veces casas aisladas rodeadas de cafetales, naranjales, invernaderos donde el ganado pasta con tranquilidad. Quebradas pequeñas pero bullangueras discurren cuesta abajo. Resulta enigmático y misterioso ver brotar el agua, entre la montaña, es un "ojo" que generosamente nos da vida a través del agua. En la quietud de un día soleado, o bajo el melancólico día lluvioso siempre hay un jaeno y junto a él su familia, arando la tierra, pastando el ganado, cosechando el café, abriendo caminos, construyendo canales.

En las alturas de Jaén, a excepción de Bellavista, están ubicados la mayoría de sus distritos. Llegar a Pucará y Pomahuaca siempre ha sido fácil, por su cercanía a la carretera de penetración Olmos - Corral Quemado. De igual modo a San Felipe, pues la pendiente no es pronunciada como si lo es a Sallique. En cambio el camino para Chontalí es largo y sinuoso, hay fango y en muchos tramos se hace angosto y empinado, sin embargo, la compañía del río siempre está presente.

Para llegar a Colasay, hay que pasar por la Peña Blanca, tramo angosto que está junto a un abismo profundo. A Huabal arribamos por Shumba donde empieza el ascenso; para las Pirias, pasamos por Tumbillan. El río Chinchipe es testigo de nuestro camino rumbo a Santa Rosa. Tamborapa y la quebrada de Cochalán nos indican el camino a San José del Alto.

He tenido el privilegio de transitar por esos caminos profundos, que retan a la pendiente, el fango de la huella profunda, la lluvia y el lodazal. A muchas de ellas he visto construir porque tuve la oportunidad de acompañar a mi padre, ya que él como ingeniero con teodolito en mano las trazó. Fresco está en mi recuerdo cuando íbamos por Magllanal rumbo a Vista Alegre, La Palma hasta llegar a la Cascarilla.

Al ascender por el camino a Vista Alegre, sentado en la tolva de una camioneta pick up, a lo lejos se divisa un pequeño hilo, se trata del río Marañón, que se pierde en la lejanía, débilmente el viento juega con mi cabello, más yo impávido sigo viendo la profundidad del paisaje, vuela mi imaginación hasta siento la frescura de las aguas del río, mojar mis pies y mi cabello acalorado por el sol.

Qué duda cabe, los caminos son serpenteantes y los valles hermosos son humedecidos por las aguas de los ríos y quebradas, unen a los pueblos.

Definitivamente el peruano del Perú profundo, lleva en sus venas la tradición vial de los antiguos peruanos, de allí su vocación de servicio y su espíritu constructor. A pesar de las dificultades diarias, hombres y mujeres trabajan con esperanza por un Perú mejor, muchas veces acompañados de un huayno melodioso y melancólico. El Peruano es lo mejor que tiene el Perú.

La danza de la lluvia

El clima es errático, el matemático Lorentz, decía: “El aleteo de una Mariposa en la selva del Brasil, puede ocasionar un diluvio en Chicago”, para entender el comportamiento errático del clima, se usa la teoría del caos, que se sustenta en ecuaciones matemáticas un poco complicadas para el común de la gente.

El clima de Jaén, no es la excepción. Con frecuencia el cielo iluminado por el sol radiante cambia y se pone gris, se oscurece, se escucha el rugido del trueno, pareciera que arriba un gran derrumbe se estuviera produciendo, una estampida, o la erupción de un gran volcán. El ruido siempre causa inquietud, así haya costumbre por escucharlos, los truenos son como el aviso de una gran función. Los destellos de los relámpagos no se hacen esperar, el flash de manera fugaz ilumina el cielo. Empieza la función todos vamos a apreciar la danza de la lluvia.

La lluvia alegre y muy coqueta cae del cielo. En pocos minutos las calles polvorientas de Jaén se humedecen, luego se convierten en pequeños riachuelos, arrasando a su paso desmontes, y todo lo que encuentra a su paso, el agua se pierde por las chacras de Jaén. La gente corre debajo de los cobertizos para protegerse de la lluvia que moja todo sin piedad. En circunstancia similar con mis amigos corríamos debajo de la lluvia, mirábamos con melancolía la acción de la lluvia que danzaba bajo nuestras cabezas. Al finalizar la lluvia, el suelo quedaba húmedo y en varios sitios había charcos, las golondrinas hacían su aparición y con las “hormigas culonas” que al sentirnos, presurosas corrían a esconderse entre los hoyos que había.

Hoy, mucho se habla del cambio climático, esto se produce por el calentamiento global, lastimosamente el ciclo hidrológico, por la acción irresponsable del hombre, se ha visto afectado. Muchas veces la hermosura de la danza de la lluvia ya no lo apreciamos porque origina grandes inundaciones o porque se producen sequías. Un gran honor ha sido y es para mí, poder disfrutar de la danza de la lluvia, correr bajo ella o simplemente sentado en la vereda verla caer y luego como un río por las calles discurrir.

Con llanques y jebes

Donde hoy, es el mercado 28 de Julio, había una parada, donde los comerciantes se daban cita, algunos llegaban de Chiclayo trayendo sus productos, que principalmente eran verduras y hortalizas, otros bajaban de los pueblos de la altura para vender sus productos. En la parada había puestos muy rústicos donde los comerciantes se acomodaban y vendían sus productos. Este se daba durante los sábados y domingos, los demás días quedaba vacío. Los que vivíamos cerca de la parada, lo convertíamos en una cancha de fútbol.

En esa época mis amigos y yo usábamos llanques (ojotas), los cuales eran hechos con las llantas en desuso, había unas, que tenían la planta gruesa otras eran delgadas. Era parte de nuestra vestimenta, nos permitía caminar a voluntad, nos servía para jugar fútbol. Aunque en épocas de lluvias, por los charcos formados, caminábamos con dificultad porque estos se volteaban, en lugar de que vayan sobre el suelo iban encima de nuestros pies.

Jamás dejábamos nuestros jebes (huaracas), siempre los llevábamos en nuestros cuellos, lo usábamos para cazar palomas, para ir detrás de la fruta, para jugar tiro al blanco. En nuestros bolsillos, transportábamos pequeñas piedras, que eran nuestras municiones que lanzábamos con el jebe.

Andábamos como un pequeño ejército vestidos con llanques y jebes, nos desplazábamos con inocencia infantil, y hermanados por la algarabía de nuestros corazones. Salíamos a los parajes en busca de aventura. En una oportunidad con mi amigo Norbil Montenegro, nos fuimos de cacería por la cruz, el sol era intenso, las palomas estaban sentadas en las copas de los árboles, por eso, con curiosidad y sigilo caminábamos, para no ser escuchados por aquellasavecillas,

En eso, en la espesura del árbol un cuerpo misterioso de color amarillo y negro, llamó nuestra atención, aparentaba ser un nido o un ave rara. De mutuo acuerdo simultáneamente le disparamos, ambos tiros que dieron en el blanco, que al sentir el impacto del golpe, levantó cabeza y una centelleante lengua viperina, era una serpiente que aproximadamente medía dos metros.

El terror nos invadió a ambos, ya que habíamos escuchado muchas historias de serpientes. Decían que algunas eran voladoras otras devoradoras, volvimos a recargar nuestros jebes y con rapidez disparamos, para no darle la oportunidad para que reaccione, ambos tiros golpearon su cabeza, haciendo que esta se desplome muerta. Cogimos una rama y la transportamos a la ciudad en señal de victoria, habíamos domado a la bestia.

La palomillada siempre estaba presente, la curiosidad por la aventura, el riesgo no contaba, lo que importaba era la conquista, era el triunfo. Nos íbamos a las fincas

a coger mango verde, las mismas que comíamos con sal. Adrede, nos metíamos al estadio a jugar, sabíamos que esto al guardián le molestaba, por eso con el látigo agitado al viento nos sacaba corriendo, y para que no nos alcance, felinamente trepábamos las paredes y corríamos alrededor cuidando el equilibrio para no caer.

También nos íbamos al Colegio Agropecuario (hoy Villanueva Pinillos), donde jugábamos intensos partidos de fulbito, o sacábamos fruta de su huerta, por cierto hoy ya ida. En el colegio estaba el regente Alarcón, quien nos hacía formar llamándonos el “batallón cuchara”, el cual iba marchando hasta la cocina del internado donde el amo y señor era el flaco Jiménez, quien generosamente nos daba un jarro caliente de leche y avena acompañado de un pan. A los internos los llamaban “Los aguayuceros”. Me hice hinchita del colegio agropecuario, hoy convertido en el ADA.

Las calles de Jaén eran testigos de nuestras acciones, a veces temerarias. Buscábamos las calles con mayor pendiente y desde su cima, metidos en el hoyo de una vieja llanta nos lanzábamos cuesta abajo, el peligro no importaba ni tampoco era advertido.

A lo lejos me veo con mi jebe, mis llanques y mi polo con la inscripción de “Perú Campeón”. La melancolía de los tiempos idos, me arrebató un suspiro y luego pienso que hermosa es mi tierra y qué grande es mi país.

Que Dios te bendiga

El día va llegando a su ocaso, el manto de la oscura noche empieza instalarse, las familias después de la jornada se juntan alrededor de la mesa para cenar. Después de la cena, empieza el pasatiempo. En Jaén durante el día, el calor es fuerte, durante la noche corre una misteriosa brisa fresca, que mágicamente con suavidad nos refresca.

Las familias acostumbran a salir con sus sillas a sentarse en la puerta a charlar. Mi madre no era la excepción, ella con sus amigas se sentaba en la puerta de nuestra casa y nosotros junto a ellas. Las conversaciones eran sobre las cosas cotidianas de Jaén, que por cierto en esa época la vida era muy tranquila, a pesar de la escasa iluminación en sus calles no había muchos asaltos.

Este hecho era rutinario, todos los días se daba el encuentro para la tertulia y con mis hermanos nos acomodábamos en el regazo de nuestra madre. Durante la conversación yo elevaba mi mirada al cielo azul, disfrutaba ver el espectáculo sideral. Pensaba, es el reino de la luna, que majestuosa y generosa nos regalaba la claridad de su luz, junto a ella las estrellas y los luceros bellos y hermosos también aparecían. Mientras los demás estaban concentrados en su amena conversación, mi atención era más fuerte en el cielo azulado. Durante el día es

difícil mantener fijar la mirada, el calor del sol es muy fuerte en cambio por la noche si se puede mirar al cielo. En mi concentración podía divisar las constelaciones que en la escuela me habían enseñado sobre su existencia.

En ese devenir, veía a estrellas fugaces velozmente surcar el espacio cósmico. De muy niño me dijeron, que cuando vea suceder ese espectáculo, debía decir "Que Dios Te Bendiga" y así lo hacía. Después de ver a las estrellas fugaces, seguía manteniendo mi mirada al cielo azul, buscaba alguna diferencia sin la existencia de la estrella que acababa de marcharse. La verdad que no encontraba ninguna diferencia, había muchas estrellas.

Pero luego me preguntaba ¿qué hubiera pasado si el que hubiera caído hubiera sido el Sol o la Luna?, si eso hubiera ocurrido, se habría producido una gran diferencia.

Este hecho al hacerlo extensivo a los hombres, podemos ver que cuando alguien muere si es que no ha trascendido al igual que la estrella fugaz, definitivamente tampoco va a marcar la diferencia. Incluso con melancolía nos damos cuenta que los amigos y familiares lo recuerdan por poco tiempo y luego el tiempo se encarga de restañar las heridas de su partida y además poner sobre los recuerdos una lápida sepulcral.

Si queremos que la humanidad nos recuerde en vida tenemos que ser creativos, construir sueños, escribir pentagramas de esperanza y sobre todo ser hombres de bien. Así como el Sol y Luna, nos ayudan a vivir.

Las luciérnagas

En la naturaleza encontramos diversas manifestaciones, que a decir verdad muchas de ellas son impresionantemente espectaculares. Podemos mencionar a las luciérnagas, que en la oscura noche sus destellos destacan maravillosamente. En mi niñez fue normal verlas brillar, incluso muchas veces a algunas de ellas las tuve entre mis manos traviesas y curiosas.

Los ríos de la selva y ceja de selva son muy pródigos en peces (aunque en los últimos años muchos de ellos están siendo asesinados por la acción irracional del hombre, que sistemáticamente ha ido contaminando diversos manantiales). La costumbre es salir a pescar de noche porque los peces salen de sus guaridas.

En una oportunidad acompañé a mi tío Alindor, un hombre recio, muy típico de campo. En la oscuridad, nos internamos por los caminos en busca de la rivera de la quebrada de Jaén, la idea era ir corriente abajo lanzando la atarraya para pescar cashcas (carachama), delicioso pez, pero de forma caprichosa. Mi tío era quien se encargaba de esta tarea y yo ayudaba llevando la alforja donde poníamos las cashcas. Para nuestro trajín llevábamos una linterna que

tímidamente nos alumbraba. La atarraya era efectiva, los peces quedaban atrapados en ella, con movimientos bruscos querían alcanzar su libertad, pero nosotros con movimientos ágiles los cogíamos y poníamos en la alforja a buen recaudo.

Lo acordado con mi padre, era que él nos iba a recoger en el caserío Linderos, que está ubicado al borde de la carretera que va a San Ignacio, muy cerca de Jaén. Al momento que quisimos salir nos encontramos con los destellos de las luciérnagas. Mientras tanto las pilas de nuestra linterna, llegaron al ocaso.

Al final, nos quedamos con la alforja y la atarraya al hombro, terminamos desorientados y a ciegas, buscamos ayuda en la luz de una choza y en la luz de los faros de un carro. En ese desconcierto solo estaban las luciérnagas. Presurosos nos lanzamos a través de las chacras de arroz, buscábamos como camino los bordos de los pozos, varias veces fue necesario cruzar las ciénagas, mi temor era cruzarme con una serpiente.

Cruzamos con esfuerzo y logramos salir a la carretera que por cierto estaba húmeda por la lluvia que horas antes había caído. Ya en la carretera, vimos venir a una camioneta, era mi padre que venía en nuestro encuentro. El encuentro fue emotivo porque él estaba preocupado ya que no habíamos llegado en el lugar pactado ni en el momento pensado, y por supuesto yo estaba asustado. Subimos al carro y nos fuimos a Jaén donde mi madre con entusiasmo nos esperaba. Le dimos las caschas y procedieron a limpiarlos, con parte de ellas prepararon una sopa revitalizadora.

Muchos hombres caminan por el mundo desorientados, porque a veces les llega demasiada luz o porque simplemente no les llega nada, es decir, están sumergidos en la oscuridad.

Como el árbol.

Subo al vuelo 2118, de American Airlines, rumbo a Orlando. Me han programado un curso de capacitación, el mismo que se desarrollará en el Resort Swam, ubicado en el corazón de Disney. Al llegar, noto que nos hemos congregado personas de diversas partes del mundo, vamos a conversar sobre alta tecnología relacionada con las telecomunicaciones.

Los ambientes son grandes y modernos. En la noche, los faroles brillan majestuosos dándole al ambiente un aire edénico para lo cual colabora la luna, con sus reflejos en los pequeños lagos artificiales.

Al final de la intensa jornada, el cuerpo llama al descanso. Me voy a mi habitación, que por cierto es grande y cómoda, propia de un hotel cinco estrellas. Me dispongo a descansar, pero antes de ello me acerco a la ventana y miro el esplendor de la noche, me recuesto en el apocento y me pongo a meditar.

En esa meditación el recuerdo me llama, imaginariamente me transporto a las montañas de Jaén, Colasay y Juan Díaz. Me atrapa el hechizo del verdor de las plantas, la pureza de las aguas cristalinas y el aroma de las flores. En la película de mi recuerdo, brota una escena en la que aparezco con mis primos, sentado bajo la luna, en medio de la noche oscura, en las humildes casas los candiles son los grandes protagonistas, en ellos débilmente juguetea el fuego. Jugamos al gran bonetón y para romper la soledad, acordamos cantar: “Paloma blanca, alas de plata, piquito de oro. No te arremontes por ese monte, porque yo lloro. Los cazadores tiran su tiro, tiro perdido. No te hirieron, no te mataron porque yo estaba junto a tu nido.....”, la noche se llena de júbilo.

Continuamos con el repertorio y entonamos: “Como la flor del café, vacila mi pensamiento, ay no puedo vivir contento desde que te conocí...”. La serenata continúa, y con pasión cantamos: “Pobres violetas que mal te han hecho, para que la pongas en un rincón. Siendo un florero tu corazón.....”. Todas las melodías las habíamos escuchado y aprendido de nuestros padres y de nuestro abuelo.

Mientras tanto el fogón resalta en la cocina, en ese instante débilmente da fuego, en un tizón hay el rezago de un pequeño destello que se resiste a morir. Esta listo para encenderse en el alba y cocinar el alimento del día.

La cinta cinematográfica sigue corriendo, ahora viene el recuerdo de mi caminata, de Juan Díaz a la montaña. El camino es cuesta arriba, se hace lenta pero firme. El paisaje es hermoso, los varejones crecen rectos y altos, las aves vuelan en bandadas. Al llegar a la cima, como premio recibo una caricia de la fresca brisa, a lo lejos se divisa Chunchuquillo, prospero centro poblado. Al lado del camino, con generosidad nos espera una mata de Mora, cargada con mucha fruta. No puedo resistir a la tentación y cogo muchas moras entre rojas y moradas.

En la montaña, al caer la noche de mi sueño, voy a la cama que con generosidad los amigos de mi padre me han preparado, esta y la Choza son muy modestas.

La cama es una tarima hecha de guayaquiles (bambú) y tiene como colchón las jergas de los caballos, estos se ponen en el lomo de los jamelgos, para que se les pueda instalar la montura. La choza es de quincha y el techo de calamina que al llover se conierte en una coladera. Con el cuerpo cansado me quedo profundamente dormido. Al día siguiente, el sol intenso de Florida entra por la ventana del Hotel, me despierto y me veo acostado en una cama muy cómoda.

Me acosté en una cama modesta y me desperté en una moderna. No estaba en la montaña de Juan Díaz, sino en Orlando. Me toco, me siento y luego digo: Soy el mismo. Soy como el árbol que no olvida sus raíces.

Mesías Antonio Guevara Amasifuén



Ejecutivo Senior, Peruano, DEA de la Universidad de Sevilla, MBA en la Escuela de Post grado de la UPC, Segunda Especialización en Proyectos de Inversión UNI, Ingeniero Electrónico titulado en la Universidad Ricardo Palma.

Ha sido Director Académico de la Escuela de Ingeniería Electrónica de la Universidad Ricardo Palma, Director comercial de Eci Telecom Ibérica, Account Manager de Lucent Technologies del Perú, Experto en Telecomunicaciones en INICTEL.

Actualmente es profesor universitario en las Escuelas de Post Grado de UNMSM, UNFV y UpeU. Gerente General SINGULAR S.A. Con sólida experiencia local e Internacional en empresas multinacionales, líderes en soluciones tecnológicas en telecomunicaciones públicas y privadas.

Resultados exitosos mediante liderazgo gerencial de dirección, motivación y fijación de objetivos. Habilidad para el análisis, toma de decisiones y manejo de personal, sustentado en una sólida formación profesional y académica, fundamentalmente en tecnología, gestión empresarial y liderazgo.

Copyright, derechos reservados
Ediciones Singular
Mesias.guevara@gmail.com